

ARTURO RIMBAUD

EL HERRERO

El brazo sobre un gigantesco martillo.
la ancha frente aterrando de embriaguez y grandeza,
riendo como un clarín de bronce a
mandíbula batiente, atenazando
a aquel gordo con su
feroz mirada, un herrero le hablaba
a Luis Diecisis un día en el que el pueblo
estaba allí mismísimo, abajo, retorciéndose
por todo alrededor; su chaqueta arrastrando
por la pared dorada, hacía palidecer
al buen rey que, de pie sobre su vientre,
pálido como un vencido al que se lleva
al cadalso y como un perro sumiso, nunca
osaba resistirse, pues aquel truhán de forja
de anchas espaldas le decía
viejas palabras, cosas tan chocantes,
teniéndole asido por la frente.

“Señor, tú sabes bien que nosotros cantábamos
tra-la-la y aguijábamos los bueyes hacia los
surcos ajenos: el canónigo enhebraba
sus padrenuestros en rosarios granados
de incrustaciones de oro. El Señor,
a caballo, pasaba, haciendo sonar el
cuerno. Nos azotaban
uno con una soga y el otro con la fusta.
(Atontados como ojos de vaca, nuestros ojos
no lloraban jamás). Así íbamos tirando;
y, cuando habíamos arado todo el país,
cuando habíamos dejado en esta tierra negra
algo de nuestra carne, se nos daba
una propina: y por la noche contemplábamos

arder nuestras chabolas: hacían con nuestros hijos
un pastel bien cocido.

“Oh, no me quejo,
sólo te digo mis bobadas, que quede entre nosotros.
Admito, desde luego, que tú no estés de acuerdo.
¿Pues no es hermoso ver, entrado el mes de junio,
cómo se llenan los pajares con enormes
carros de heno?. ¿Y sentir el olor de que algo
en los vergeles crece cuando llovizna un poco?
¿O ver trigos y trigos, espigas rebosantes
de granos, y pensar que todo eso
anuncia mucho pan? Sí, se podría
cantar más fuerte aún, alegremente
martilleando el yunque junto a la ardiente fragua,
si se tuviese la certeza de poder
coger un poco —humanos al fin y al cabo— de
lo que da Dios. (Mas, ya se sabe:

¡Siempre
siempre es la misma historia!)

“Pero, ahora, yo sé; y no quiero creer,
teniendo un par de manos y un martillo,
que un hombre venga a mí, daga sobre la capa,
y me diga: muchacho, corre a sembrar mis tierras;
o que, en tiempo de guerra, ocurra aún
que venga a buscarme al hijo, ¡y en mi casa!
Tú serás Rey, y yo, yo soy un hombre; me
dirás: ¡quisiera!... Ya lo ves. Eso es estúpido.
Tú crees que a mí me gusta ver tu barraca espléndida,
tus mil y un ganapanes, tus dorados
oficiales, tus votoatal bastardos
como pavos reales haciéndote la rueda:
han llenado tu nido con el olor de nuestras ,
hijas y de amorosas esquelas para, luego,
meternos en Bastillas.
Y diremos: ¡muy bien!: ¡los pobres de rodillas!
Doraremos tu Louvre dándole nuestras perras.
Y tú te entromparás en una bella fiesta.
Y esos señores, sentadazos sobre nuestras cabezas,
se retiran.

“No. ¡Ese juego sucio
data del tiempo de maricastaña!

El pueblo ya no es una puta. Tres pasos...
y habremos convertido en polvo tu Bastilla.
Ese monstruo sudaba sangre por cada piedra;
era asqueroso ver la Bastilla de pie
con sus muros leprosos que tantas cosas nos
recordaban. Interminablemente
nos tenía encerrados en su sombra.
¡Ciudadanos! Aquello era el pasado que
se hundía y agonizaban cuando asaltamos la
torre. Teníamos algo en nuestros corazones,
algo como el amor. Allí estrechamos
a nuestros hijos contra nuestros pechas.
E íbamos, piafando como caballos, fuertes;
y, orgullosos, oíamos aquí nuestros latidos.
Con la cabeza alta marchábamos al sol
—así— por París; y nos venían a ver
con nuestra ropa sucia. En fin, que nos sentíamos
Hombres. Palidecimos. Señor, nos embriagamos
de terrible esperanza: y cuando allí estuvimos,
ante los negros torreones, agitando
nuestros clarines y las hojas de
roble, en la mano las picas, no nos quedaba
rencor: tan fuertes nos sentíamos que queríamos
ser dulces

.
.

Desde aquel día enloquecimos.
La ola de los obreros ha subido a la calle,
y esos malditos van, y va creciendo
una gran muchedumbre de sombríos
aparecidos a las puertas de
los ricachones, y yo corro con ellos a matar
chivatos, y yo voy a París, renegrido,
con el martillo al hombro, feroz, barriendo en todos
los rincones a algún sinvergüenza; y, si tú
te rieras en mis narices, yo te mataría.
Puedes seguir contando, gastando presupuestos
con tus negros contables que con nuestras
peticiones a la pelota juegan
en un vaivén de raquetas, y al oído
unos a otros se dicen: “¡qué tontos son!” , en tanto

que maduran las leyes, lavan los trapos sucios
con decretitos rosas y potingues,
y se entretienen en recortar limpiamente
algún que otro tributo, tapándose
las narices cuando nos acercamos.
Oh, nuestros dulces leguleyos que
nos encuentran mugrientos y no temen
a nada en absoluto, salvo las bayonetas...
¡Malditas sean sus petacas chismosas!
Estamos ya hasta aquí de esos cerebros chatos
y esas barrigas-dios. Esos son, sí, los platos
que nos sirven, burgués, cuando somos feroces,
cuando estamos rompiendo los cetros y las cruces.”

.
Le coge por el brazo, desgarrá el terciopelo
de las cortinas y le muestra, abajo,
los amplios patios donde la muchedumbre
homigüea y se levanta, la espantosa
muchedumbre con sus rumores de marea,
como una perra aullando, aullando como el mar,
con sus garrotes fuertes y las picas de hierro,
sus tambores, sus gritos de mercado y pocilga,
sombrió montón de harapos gorros rojos:
el Hombre muestra todo por la ventana abierta
al rey pálido que se tambalea,
sudoroso y enfermo de contemplar aquello.

“Señor, he ahí la Crápula, babeando en las paredes,
subiendo, pululando: pues no comen,
Señor, son pordioseros; Señor, yo soy herrero;
mi mujer —¡pobre loca!— está con ellos;
cree que va a encontrar pan aquí etn las Tullerías.
(En las panaderías nada quicren
de nosotros saber. Tego tres niños.
Soy un crápula.) Sé de viejas que se van
llorando bajo sus toquillas porque les
han sido arrebatados sus hijos o sus hijas:
es la Crápula. Un hombre estuvo en la Bastilla,
otro era forzado: y los dos, ciudadanos
honrados. Liberados, son como perro: si
sc les insulta, entonces hay algo que les duele;

es terrible. Es a causa de sentirse molidos
y condenados por lo que están, ahora, ahí,
aullando bajo vuestras mismísimas narices.
Ahí están las rameras infames —porque las
mujeres, ya sabeis, son débiles, Señores
de la Corte, y están siempre dispuestas—; sois
vosotros los que las habéis llenado el alma
de escupitajos, sí, como si nada.
Vuestras bellas están hoy ahí: son parte de la Crápula.

.

“Todos los desgraciados, todos cuyas espaldas
se queman bajo el atroz, pero siguen y siguen,
los que sienten su frente estallar en el tajo...
—¡descubriros, burgueses!— son los Hombres.
Señor, somos obreros. Obreros y aquí estamos
para los rantes tiempos nuevos en los cuales
querrá el hombre saber y forjará, mañana
y tarde, cazador de los grandes efectos
y de las grandes causas, cuando, lento,
vencedor, domará todas las cosas
y sobre todo subirá, como sobre un caballo.
¡Resplandores espléndidos de las fraguas!
¡Basta ya de dolor! Lo que ignoramos
es terrible quizá: ¡Pero sabremos!
Pasemos, empuñando nuestros martillos, por
la criba todo lo que sabemos: después,
hermanos, adelante! A veces, ay, tenemos
el conmovedor sueño de vivir simplemente,
ardientemente, sin decir nada de malo,
trabajando al amparo de la augusta sonrisa
de la mujer que amamos con noble amor: y todo
el día trabajaríamos satisfechos,
escuchando el deber como un clarín que suena:
nos sentiríamos felices y, sobre todo, nadie
os haría doblegar:
tendríamos un fusil debajo del hogar...

.

“Mas el aire está lleno de un olor de combate.
¿Qué te estaba diciendo? ¡Ah!, que soy de la canalla.
Aún quedan confidentes y acaparadores.

Nosotros somos libres, nosotros, y tenemos
terrores en los que nos sentimos muy grandes.
Hace un momento hablaba de tranquilo
deber, de una morada... ¡Mira el cielo!
Es demasiado chico para nosotros y
nos asfixiaríamos de calor y tendríamos
que estar arrodillados. ¡Mira el cielo!
Vuelvo a la muchedumbre, a la canalla enorme
y terrible que arrolla, Señor, todos tus viejos
cañones en los sucios adoquines:
(cuando hayamos muerto los habremos lavado).

.
Colocó su martillo sobre el hombro; la masa
se sentía embriagada tan cerca de aquel hombre;
y en el gran patio y en los aposentos,
donde París entero jadeaba,
un gran escalofrío sacudió al populacho,
Mientras, con su ancha mano y soberbia de mugre,
aunque el ventrudo rey sudaba, el Herrero
terrible le arrojó su rojo
gorro frigio a la cara.

VERSIÓN: ANÍBAL NÚÑEZ.

(1) El 20 de junio (que no el 10 de agosto) de 1792, Luis XVI, presionado por la muchedumbre que invadía las Tullerías y por el carnicero Legendre que le hizo frente, se puso el gorro revolucionario para complacer al pueblo. Rimbaud. ha reemplazado a Legendre por un herrero (inspirándose quizá en un grabado que ilustraba la "Historia de la Revolución Francesa" de Thiers), transformando el suceso real en otro de mayor violencia.

(2) El 14 de Julio de 1789, el pueblo asaltó el castillo fortificado de La Bastilla, en París, liberando a los presos políticos allí encerrados.